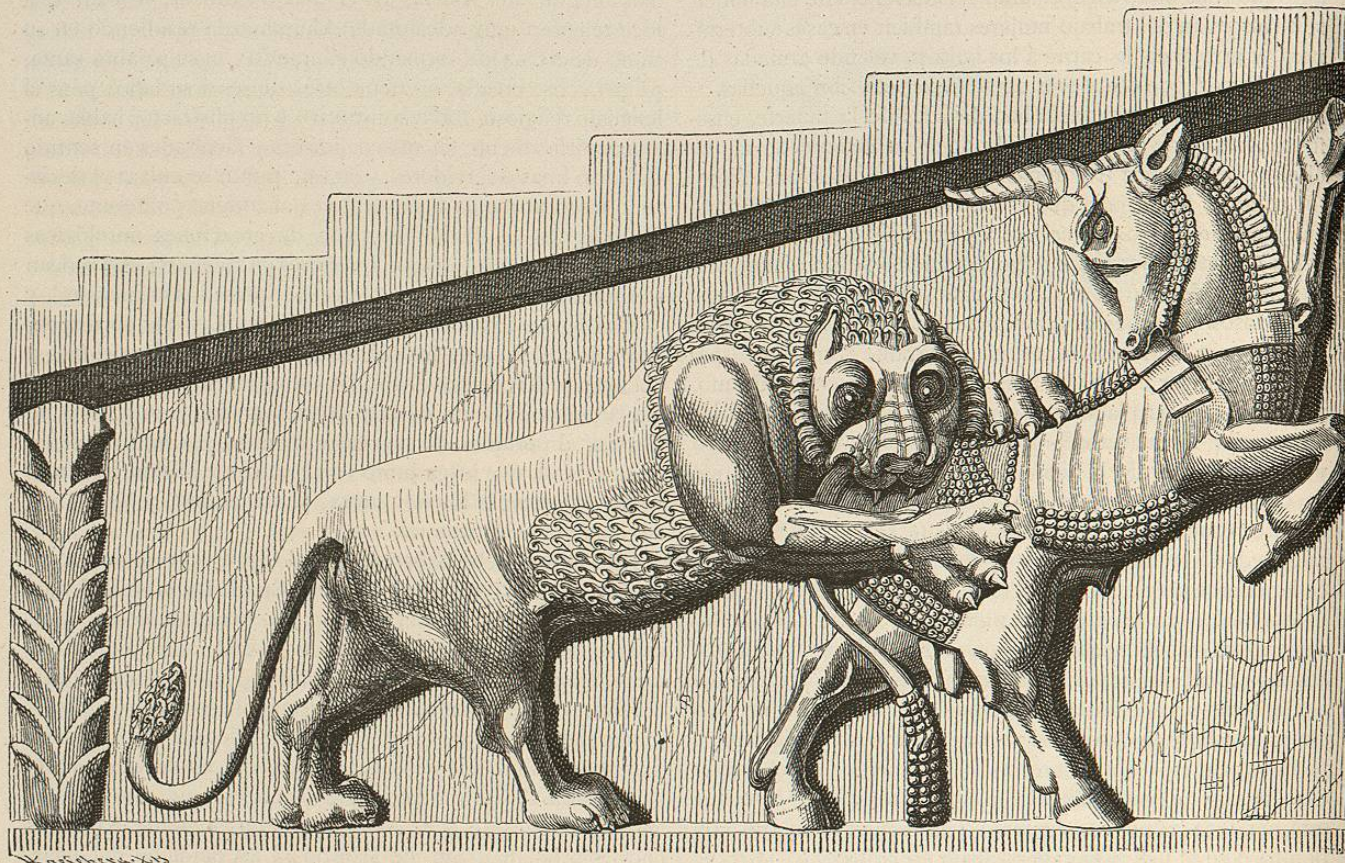


ción caldea y mezclado con elementos egipcios. En aquella época creían ver en el sol un poder divino supremo, del orden espiritual, natural y moral. Se identificó, según la costumbre oriental, al emperador romano con el dios del sol y se estableció en Roma un culto del *sol invictus*, del dios del sol triunfante del invierno y de las tinieblas, cuya festividad caía, en conformidad con los persas, en el día más corto, el 25 de diciembre, en que celebraban también los fenicios el despertar de Melcarte. La forma popular de este culto eran los misterios de Mithra, que a pesar de su antiguo origen

persa, adquirieron un carácter completamente especial, con la incorporación de elementos de las más diferentes religiones del imperio romano, con el ascetismo y el simbolismo. Como genio de luz vencedor, Mithra mata al toro ó sea la naturaleza de la tierra contraria a la luz y a su potencia fructífera, en la cueva (el mundo), del mismo modo que la diosa de la victoria de los griegos, ó el *leon del sol* en Persépolis mata al toro. Este toro es el toro primitivo del *Avesta*, que con su muerte da lugar al desarrollo de la vida orgánica del mundo vegetal y animal. Mithra es el príncipe de las al-



El leon del sol matando al toro (bajo relieve de Persépolis)

mas, que conduce a la inmortalidad por las dos órbitas del cielo, la de las estrellas fijas y la de los planetas. En el último periodo del paganismo era todavía el culto de Mithra, mezclado ya con misterios cristianos, tales como el bautismo, la comunión y la resurrección, el último asilo donde se refugió la fe religiosa y espirante del mundo antiguo.

Mithra, deidad antiquísima de los arios, tiene en el *Avesta* ya todas las apariencias de habitante de un Olimpo griego; su figura y aspecto, lejos de ser un patron abstracto a la manera de los Amchaspand en las Gathas, se describen como las de un héroe de la luz sentado en un carro de oro tirado por corceles briosos. Aquí se nota la influencia de las imágenes de los dioses asirios en las representaciones de los persas, en un principio tan enemigos de imágenes; pero en la diosa Anahita es tan palpable la figura humana, que al momento ocurre la idea de que esta diosa no puede ser de genuina creación persa: y en efecto Anahita es una figura del panteón persa que no fué admitida en la religión de Zoroastro hasta mucho después y cuando esta se había hecho también religión de los iranos occidentales; esta diosa es una creación ingenua del hombre de la naturaleza, y fué adorada por los pueblos sirios con culto licencioso que se introdujo con sus templos é imágenes en Iran, donde antes solo se erigían cámaras para el fuego sagrado. Según el *Avesta* es Anahita

una diosa del agua, y principalmente el genio del manantial celeste Ardisura, del cual salen las aguas de la tierra. Con el agua salutar que envía a los líquidos del mundo, favorece la fertilidad no solamente de la tierra, sino también de los hombres, ó como se expresa el *Avesta*, purifica el fruto y da leche sana. No corría a cargo de los sacerdotes zoroástricos del fuego el culto de Anahita, sino de sacerdotisas y servidoras del templo, extranjeras y al principio desconocidas de los persas. La oración que se rezaba en los sacrificios ofrecidos a Anahita contiene una descripción de la diosa, tomada sin duda de las imágenes del templo: Anahita lleva un velo entretejido con oro; en la mano un haz de ramas (como la Ken egipcia un ramo de loto); además pendientes, collares y diadema, su cuerpo está ceñido debajo de los robustos pechos; sus vestidos eran de pieles de castor, los animales acuáticos más estimados, y de su carro tiraban animales blancos (probablemente vacas). Su culto consistía en grandes funciones



Anahita

en los templos y adoración de imágenes, acompañadas de orgías y de hieródulas que desempeñaban un importante papel en estas fiestas, prueba de su origen semítico, si bien los persas exigían de las sacerdotisas de Anahita una vida pura. Herodoto sabía ya que este culto había sido introducido en el imperio persa, de otros países; de modo que existía anteriormente en la Media y Armenia. Según Beroso, fué importado por Artajerjes II (404-361). En Armenia era donde la diosa fue especialmente venerada con ferviente celo, tanto que toda una comarca se llamaba Anaitis a causa de los muchos templos que había allí erigidos en honor de esta diosa. Una inscripción de Artajerjes II en Susa refiere que este rey colocó las imágenes de Anahita y de Mithra en un templo construido por Darío y ensanchado por su abuelo Artajerjes I. Esta noticia patentiza indudablemente que el tal culto se introdujo en aquella época y obtuvo por primera vez en Iran la sanción real.

Tenemos noticia de varios templos de Anahita en Iran, y de algunos existen todavía ruinas. Artajerjes erigió a la diosa, además del templo de Susa, otros en Ecbatana y Bactria. En el primero fué colocada como sacerdotisa Aspasia, querida de Ciro el menor. Polibio lo describe y refiere que Antiocho robó las alhajas preciosas de oro y plata que había en este templo, y que hizo acuñar. Otro templo en Elimais, cuyas ruinas existen, según supone Rawlinson, en el valle de Beitavend, excitó la codicia de Antiocho Epifanes, pero los indígenas le detuvieron y la diosa le castigó con la locura y murió en Tabe. El templo de Concohar es todavía hoy una ruina grandiosa, situada sobre un terraplén de 640 pies de largo y 544 de ancho. Estaba rodeado de un pórtico de columnas, ancho de 44 pies: se conservan solo siete columnas en el ángulo noroeste; el templo era un diptero de diez columnas en los lados menores, con un pórtico de cuatro filas de las mismas. El estilo es griego-persa; los dentellones en el arquitecno son como en los sepulcros de Persépolis, y la obra en general parece ser una imitación del gran templo de Palmira.

Ya hemos visto que la religión de Zoroastro se extendió también a la Armenia, por supuesto, no en el tiempo de Darío ni en el de los Aqueménidas, sino en el de los partos, que fundaron allí una dinastía arsácida. El culto de Anahita se había introducido ya mucho antes de Siria y Asia Menor; pero también tenemos noticia de un número de divinidades que no eran persas, sino propiamente armenias, y nada tenían que ver con la antigua religión alaródica, de la cual ya hemos dicho algo. Además de Anahita, tenían los armenios también la diosa de los astros, Astlik, que corresponde a la Istar asiria y a la Venus griega, y después la Nanea, que los autores comparan unas veces con Atene (Minerva), y otros ven en ella únicamente una forma de la Astlik; del mismo modo que se identificó, al parecer, con Anahita la Nanea de Babilonia y Susiana.

Asirios son: Barcham, dios de la guerra, y Tir, como dios de los oráculos y de la sabiduría sacerdotal comparable al Nebo de Babilonia, Hermes de los griegos. La luz se revelaba bajo sus dos formas como Aregakn (ojo del sol), que estaba en relación inmediata con Arev, el dios del sol, y con Lusin (luna), rindiéndose culto a ambas, juntas en un gran templo en Armavir. El dios Amanor (año nuevo) era el protector de los frutos y se adoraba en Bagaván en la provincia de Ararat, donde había también un célebre templo del fuego eterno. En tiempo de Valarsaces (150 antes de J. C.) llegaron junto con una colonia india dos dioses indios a la Armenia, y tenían en Taron imágenes de cobre que llamaban los hermanos de Dios. Su culto subsistió hasta principios del siglo IV. Poco tiempo después (114 antes de J. C.) vinieron tam-

bien del Asia Menor a la capital y residencia de los reyes divinidades griegas, con sus sacerdotes.

Además de los grandes dioses citanse todavía demonios ó espíritus, a saber: los Parik, Yuchkaparik, Pai, Hambaru, Aralez y Cach; de los primeros no se sabe nada fuera de los nombres; los dos últimos se destacan algo más; los Aralez son los dioses perros, mencionados antes; y los Cach, ó sea valientes, son una especie de espíritus buenos, opuestos a los divas. Entre los semidioses ocupa el Hércules armenio Vahagn (en persa Verethragna) el primer lugar. Era, según la fábula, hijo de Tigranes, aliado de Ciro. Se le entonaban cánticos con acompañamiento de bambir, de los cuales Moisés de Corena ha conservado algunos versos. «Cielo y tierra estaban de parto, el mar purpúreo sentía dolores de parto; el mar parió una cañita roja; del tallo de la caña se levantó humo; del tallo de la caña salió una llama; de la llama nació un niño; el niño tenía cabello de fuego, barba de fuego, sus ojos eran dos soles.» Este héroe divinizado tenía su templo principal en Achtichat junto al Eufrates en la provincia de Taron. El santuario estaba lleno de oro, plata y ofrendas, y los reyes solían sacrificar allí.

Darío, después de haber concedido al imperio durante muchos años los dulces placeres de la paz, pasó los últimos días de su reinado (desde 508) en empresas guerreras, ya para seguir el camino en que sus antepasados habían conquistado tantos laureles, ya porque creyera que para una nación como la Persia, la guerra y la conquista eran necesarias a fin de conservar la energía y evitar la afeminación que acompaña a la riqueza adquirida en la guerra. Las miradas de Darío se dirigieron hacia las fronteras occidentales y orientales, a la India y a la Europa. En la India ya Ciro había sujetado a los gandaras, al Sur del río de Cabul, y Darío hizo tributarios también a los daradas que vivían cerca de la ciudad de Caspapiros (Torbela) en la montaña y que iban a buscar al Norte de las fuentes del Indo, en la meseta árida de Nari Jorsum, el oro que las marmotas escarban allí de la tierra. También hizo tributarios a los pactios, en el valle del Indo, los antepasados de los paktu ó afganes.

En el otro extremo del imperio, en la Cirenaica, región ocupada por colonos dóricos que ya habían enviado regalos a Cambises, fué destronado por una revolución el rey Argesilao, pero repuesto con el auxilio de una escuadra de Samos, las penas y proscripciones con que castigó a los rebeldes le costaron la vida. Su madre Feretima, su pretexto de que su hijo había muerto por favorecer la causa de los persas, consiguió que el sátrapa del Egipto, Ariandes, la ayudara con un ejército. Los persas tomaron la ciudad, los enemigos de Argesilao fueron muertos, y los habitantes deportados a la Bactriana. El país se sometió a los persas, y hasta Cartago, cuya madre patria la Fenicia obedecía ya a Darío, envió tributo para evitar una agresión, tributo que siguió pagando durante muchos años. Ariandes se hizo después sospechoso de rebelión, por haber mandado acuñar moneda con su nombre sin la autorización del rey, cosa que se consideraba como una pretensión a la soberanía y se castigaba con la muerte.

En Europa meditó el rey la sujeción de los escitas. Si recordamos que Darío hizo explorar las costas griegas por un buque sidonio al mando de Democedes de Crotona, médico de cabecera de Policrates, que cuando la muerte desgraciada de este había caído en manos de los persas y adquirido grandes honores por la curación de una luxación del pie que sufrió Darío y de un tumor en el pecho que padeció Atosa, y que Darío más tarde acometió efectivamente a la Grecia, no deja de ser muy probable y fundada la suposición de que la campaña contra los escitas no fué sino un preparativo para la guerra contra el continente griego. Ante

todo era menester dominar la Tracia por ser este país el que unía el Asia con la Grecia; pero para conseguir que la Tracia dejara paso franco á los persas, era necesario vencer y apartar para siempre á los escitas, que desde tiempo inmemorial se habían hecho peligrosos con sus invasiones. Con la sujeción de los pueblos situados en la costa septentrional del mar Negro cayeron también aquellas colonias griegas en manos de los persas, que lograban así impedir á los griegos proveerse del trigo de las llanuras de Rusia, y dominaban los caminos por donde se hacia el comercio entre aquella tierra y el interior del Asia.

Bajo el nombre de escitas (Saca) se comprendían todos los pueblos nómadas al Norte del mar Negro, del Cáucaso y del Turquestan; muchos de los cuales son de origen turanio, es decir turcos y fineses; pero muchos también, y en particular de la Rusia europea, eran muy afines de los iraníes como lo prueban, entre otras cosas, los muchos nombres propios de sus príncipes, los cuales son con frecuencia enteramente persas. La religión de estos escitas era una antigua religión natural aria. Adoraban el fuego sagrado (Tabiti), á la tierra (Apia), al dios del sol Oitosiros, al dios del cielo Papaio, la Afrodita Artimpasa y el dios del mar Tamimasadas. Ofrecían sacrificios á estos dioses, pero erigían templos solamente al dios de la guerra. Estos templos consistían en un monton de leña gruesa de tres estadios en cuadro; sobre este monton habia un terrado con un plano inclinado para la subida y allí adoraban al dios bajo la forma de una espada, como era también el caso entre los alanos y cuados alemanes. Sacrificaban á la espada carneros, caballos, y también prisioneros de guerra, cuya sangre se recogía en un vaso y se arrojaba á la espada. Las costumbres de los escitas eran salvajes; el que despues de la batalla no podia presentar al rey la cabeza de un enemigo, no tenia parte en el botin; bebían la sangre del primer hombre que mataban, quitaban la piel de las cabezas de los muertos y adornaban con ella, despues de haberla alisado y pulido bien, las riendas de sus caballos: muchos llevaban faldas y sus caballos mantas hechas de pieles humanas, y con las pieles de las manos de sus enemigos revestían sus aljabas; bebían en cráneos montados en plata, y en sus festines contaban la historia del enemigo al que en vida habia pertenecido el cráneo. Sellaban sus juramentos con un trago de vino en el cual habian echado gotas de su propia sangre y mojado en esta mezcla, espada, flechas, hacha y azagaya. Impregnaban de perfumes los cadáveres de los reyes y los depositaban sobre un armazon de ramas; al rededor colocaban 50 caballos disecados y rellenos de paja, montado cada uno por un jóven estrangulado, sosteniendo caballo y jinete derechos por medio de pértigas.

En el interior del país escita habitaban tribus sedentarias como los budines, establecidos en el distrito de Voronetz, los cuales vivían en ciudades de madera y tenían, segun Herodoto, cabellos rubios y ojos azules; los neuros, probablemente celtas, en la parte superior de la cuenca de los rios Bug (Hipanis) y Dnieper (Boristenes); y mas al Mediodía los escitas agrícolas que eran propiamente eslavos, y servían á los escitas en calidad de siervos para cultivar la tierra. Los cimerios, mencionados ya antes, habitaban en la costa septentrional del mar Negro, donde ya son citados en la *Odisea*. De allí se trasladaron al Asia Menor y dominaron algun tiempo en la Capadocia. La tribu mas notable de los escitas, y que reunió á las demás bajo su hegemonía, era la de los escitas reales ó escolotes, entre la orilla septentrional del mar de Azof y el Dnieper, en cuya region superior se hallaban los guerrhos (junto á las cataratas del rio) los sepulcros de los reyes.

Al otro lado del Don (Tanais), se extendía al Norte del

Cáucaso el país de los sauromatas, afines de los escitas, y cuyas mujeres tomaban parte en los combates; estos se trasladaron posteriormente (100 años antes de J. C.) al territorio de los escitas, hácia el Oeste, de donde vino que los romanos llamasen á la tierra de los escitas en general, Sarmacia. Afines de ellos eran los pueblos alanos (en el distrito de Vladikawka), los roxolanos (en la region baja del Dnieper y del Bug) y los yazigios (entre el Dnieper inferior y el Bug), pueblos que empezaron á ser conocidos en la época romana. En el Quersoneso Táurico (pequeña Tartaria, Táurida, Crimea) habitaban los taurios, que pertenecían á la misma raza de los cimerios, pero que en el llano vivían mezclados con los escitas, conservando únicamente los montañeses el carácter puro de su raza. Sacrificaban los extranjeros náufagos á la diosa Artemis.

La tribu de los calpidos ó carpida, situados en el Olbia, estaba á su vez mezclada con colonos griegos. Los alazones, establecidos en la desembocadura del Dnieper, mantenían relaciones mercantiles con los griegos. Mas al Oeste y al Sur empezaban las tribus tracias, como los getas en el Danubio inferior, y los agatirsos en la Transilvania. En tiempo de Darío estaban ya ocupadas las costas de Escitia por colonias griegas, en su mayor parte jónicas. Olbia, desde 650, Panticapea, hoy Kerch, desde 600, Quersoneso ó Heraclea, llamada desde el tiempo de Augusto Sebastopol, y fundada por los dorios de Megara; los aorsos, que mas tarde se llamaron avaros, y que vivían mas al Norte en el distrito del lago Bolchoi; los tisa-getas en el centro de la cuenca del Volga; los yircos al Norte de los anteriores; los morduinios ó mantas-negras, pueblo antropófago, y los isedonios, que vivían mas léjos al Este en Cachgar, parecen ser todos de origen finés, y únicamente los últimos, que habitaban la sierra de Oro, el Altai, y comían la carne de sus progenitores difuntos mezclada con la de buey, eran tal vez turcos. Los argipeos, acampados en la parte meridional del Ural, descendían de mogolos; ya que en la descripción que de ellos nos hace Herodoto se parecen á los calmucos y basquirios. De esta tribu salían los sacerdotes ó Shamanes; y los comerciantes griegos de Panticapea visitaban su país para adquirir el oro que recogían mas al Norte por los arimaspes de un solo ojo, pueblo turco de jinetes, y que habían recibido su nombre, que significa «poseedor de caballos domados», de los escitas iraníes. Las tribus nómadas escitas vivían en la antigüedad como viven hoy, sin agricultura, recorriendo con sus carros ó arabas los páramos (stepas).

Antes de entrar en campaña mandó Darío á Ariaramnes, sátrapa de Capadocia, con una escuadra de 30 buques, á la costa de Escitia para recoger algunos indígenas. Ariaramnes prendió al hermano de un jefe que podia dar los mas valiosos informes. Entonces salió Darío de Susa con 700,000 hombres, debiendo los jonios armar una escuadra de 600 buques. Hizo levantar junto á Calcedonia, cerca del Bósforo, dos pilares, en los cuales mandó grabar en escritura asiria, es decir, en caracteres cuneiformes, y griega, los nombres de los pueblos que tomaban parte en la expedición. El puente de barcas por donde pasó el ejército en dirección á Tracia, empezaba donde ahora está Anadoli Hissari y remataba en Rumili Hissari, distante cerca de legua y media alemana (de 10 á 11 kilómetros) de Constantinopla. Este puente era obra de Mandrocles de Samos.

Varias tribus tracias se sometieron, y los getas, que opusieron valerosa resistencia, fueron vencidos y vendidos como esclavos. El ejército persa pasó el Danubio donde empieza el Delta, también por un puente de barcas construido igualmente por jonios, y que quedó bajo la custodia de la escuadra mandada por Histio de Mileto que ancló allí.

Los escitas retrocedieron, con el fin de atraer á los persas hácia los territorios de otros pueblos que de este modo habían de tomar parte en la lucha. Este plan fué ejecutado con suma habilidad; en su retirada destruyeron además los campos, cegaron los pozos y atrajeron á Darío hasta el interior del país. Para hacer sus movimientos con mas facilidad, enviaron á sus mujeres é hijos con todos sus bienes muebles, en sus carros hácia el Nordeste donde estaban en salvo. El camino seguido por los escolotes, ó sean los escitas reales, fué en dirección Norte. Parece que Darío penetró Pruth arriba hasta cerca del Dniester superior; pero por mas que buscó medios de obligar al enemigo á una batalla, no lo logró nunca, porque este se contentó con entretener á los persas con pequeñas escaramuzas de caballería, obligando á Darío á resolverse á la retirada, temiendo la falta de viveres. Entonces fué cuando los escitas le atacaron con todas sus fuerzas, tanto, que los persas no tuvieron otro recurso que abandonar toda su impedimenta con los enfermos y heridos al enemigo, y dirigirse á marchas forzadas hácia el Danubio. Darío cometió la falta de empeñarse en la persecución de los escitas, en lugar de ir ocupando los países de la costa, que debió ser su primer plan. Así hubiera podido alcanzar á las familias fugitivas y apoderarse de los bienes del enemigo, obligando á este de paso á acudir en defensa de ellos, quedando los persas al propio tiempo en comunicacion con su escuadra para aprovisionarse de viveres y demás efectos. Cuando Darío llegó al Danubio encontró por fortuna el puente en buen estado, aunque los griegos, á ruegos de los escitas, estaban dispuestos á destruirlo; y lo hubieran hecho si Histio no hubiera creído que le tenia mas cuenta conservar él y sus compañeros los tiranos sus reducidos dominios bajo el protectorado del rey, que facilitar á los griegos la restauracion de sus libertades y constitucion democrática por los escitas, que una vez destruido el puente podían perseguir á los persas y aniquilarlos completamente. Las ciudades de la Propóntide tenían, segun parece, sentimientos mas patrióticos; los calcedonios intentaron destruir el puente del Bósforo y varias ciudades se declararon, al parecer, independientes, cuando supieron el desgraciado éxito de la expedición persa. Corroborada esta suposición el hecho de que Darío hizo incendiar á Calcedonia y Abidos; que Megabazo conquistó á Perinto, Bizancio, Antandros, Lamponia y toda la Tracia hasta el Estrimón, y que obligó también con un ejército, mandado por su hijo Bubares, á Amintas de Macedonia á someterse. Así cayó la Tracia y con ella el paso del Asia á la Hélade (ó Grecia) en manos de los persas, que consiguieron con esto, por lo menos, una parte de los resultados que esperaban de la campaña contra los escitas. El mando de estas ciudades y costas importantísimas, fué confiado á Otanes, que conquistó también á Lemnos é Imbros, regresando Darío al interior del Asia.

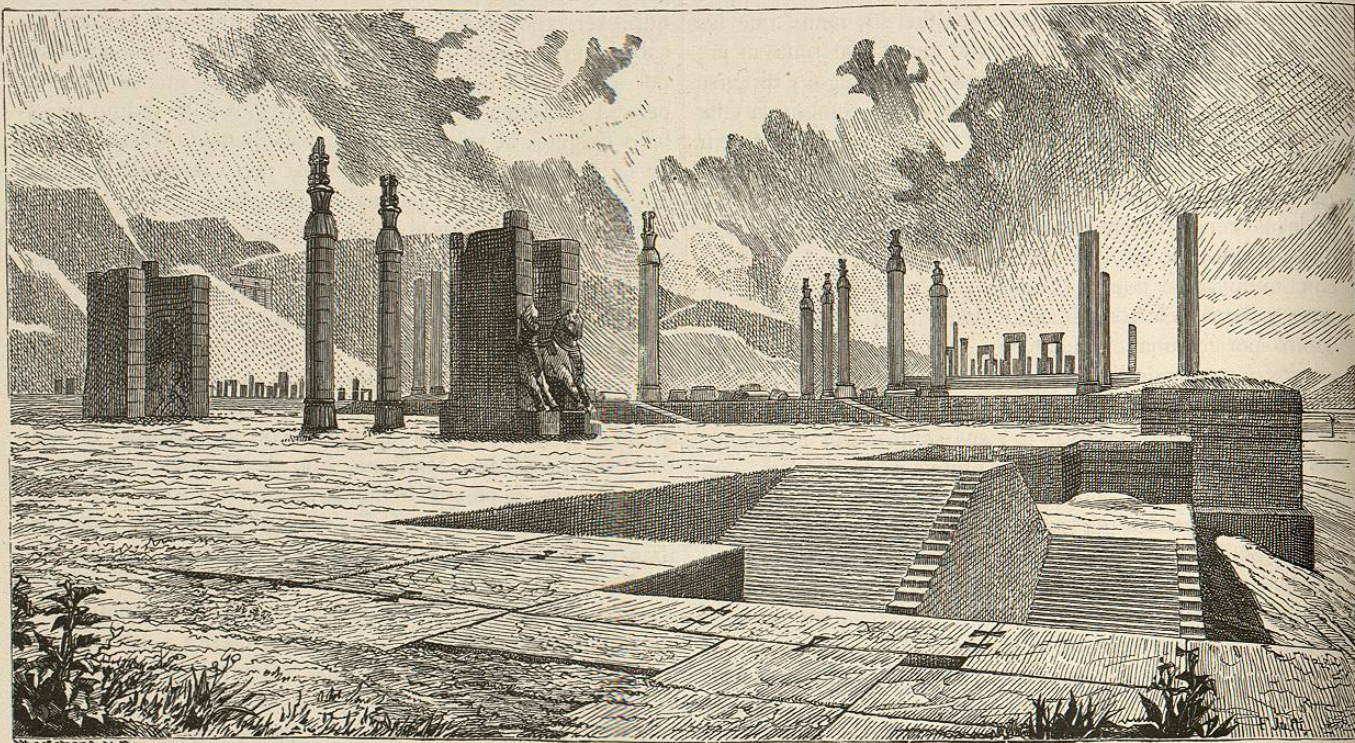
La última empresa del rey fué una campaña contra la Grecia. Por de pronto pareció haber aplazado este proyecto, contentándose con haber logrado con la conquista de la Tracia un excelente punto de ataque contra los helenos, cuando los mismos griegos dieron lugar á que el proyecto siguiera adelante. Las ciudades jónicas estaban gobernadas por pequeños tiranos apoyados por los persas; ya porque estos considerasen esta forma de gobierno como la mas propia para el grado de instruccion política de los griegos de entonces; ya porque creyesen que con los tiranos podían conservar mas fácilmente su imperio sobre los jonios. Estos tiranos, seguros de la protección persa, se permitieron ataques á las franquicias de las ciudades; y estas vieron en los persas los cómplices de sus opresores; considerando al propio tiempo, que la escuadra griega, compuesta de 600 galeras de 50 remos cada una, habia prestado eminentes servicios á Darío, tuvieron ya concien-

cia de su poder, que hasta entonces les habia faltado. Una desavenencia personal entre Aristágoras, tirano de Mileto y el persa Megabates, fué la causa de un levantamiento general de las ciudades jónicas y eolias. Los jonios, auxiliados con las galeras de Atenas y Eretria, atacaron á Sardes; su sátrapa Artafernes solo pudo conservar el castillo; la ciudad fué saqueada, el desórden produjo un incendio que destruyó las casas de madera que componían la poblacion. Los jonios se retiraron, pero alcanzados por las tropas persas llamadas de todos los puntos de la provincia, fueron derrotados completamente. Sin embargo, la toma de Sardes produjo entre los griegos una excitacion general, y los escitas prepararon al momento una expedición de merodeo á Tracia; Chipre se rebeló, los carios se declararon independientes de la Persia, y los griegos del Helesponto sacudieron su yugo. Si los atenienses hubiesen apoyado este movimiento ó hubiesen puesto á su cabeza un hombre inteligente, los persas se hubieran visto por lo menos en grande apuro, mientras que gracias á la gran pericia y energia de los generales de Darío, se redujo un estado despues de otro á la antigua obediencia. Mileto, el foco de la rebelion, despues de vencida cerca de Lade la escuadra jonia que acudia á su auxilio, fué sitiada y tomada, y sus habitantes deportados al golfo Pérsico; las doncellas mas hermosas de las costas pasaron á los harenes persas; los niños fueron castrados y vendidos como esclavos; las ciudades del Helesponto quemadas, y el poder del rey quedó mas asegurado que nunca. Entonces creyó Darío deber llevar á cabo su proyecto, tanto tiempo meditado, de someter la Grecia europea. Atenas era el estado mas poderoso del continente; unida á la Eretria habia facilitado con su concurso la destrucción de Sardes. Mardonio hijo de Gobrias, yerno y sobrino del rey, se puso al frente de un ejército. Antes de entrar en la Tracia (en 492 a. J. C.) declaró destituidos todos los tiranos griegos del Asia y libres las ciudades. Esta medida prudente ganó al pueblo, fácil y voluble, á la causa del rey, al paso que la forma democrática daba á los elementos mas turbulentos ocasion de hacer política interior y descuidar el interés común á todos los griegos. Mientras que la escuadra persa conquistaba Tasos, el ejército sometía la Macedonia, país que hasta entonces solo habia prestado simple vasallaje, y que se vió obligado á pagar tributo y acudir con sus contingentes. Pero la desgracia no tardó en perseguir á los persas. Una terrible tempestad hizo que se estrellara la escuadra contra el promontorio de Atos y el ejército fué sorprendido por los brigos, entre el Estrimón y el Axios, y aunque fueron luego vencidos y sometidos, no se sintió Mardonio con bastantes fuerzas para continuar avanzando, y regresó al Asia. Dos años despues, atravesó una segunda escuadra persa, al mando de Datis, el mar Egeo y conquistó la Eretria, que fué bárbaramente castigada. Milciades salvó á Atenas, ganando cerca de Maraton una brillante victoria sobre el ejército persa, muy superior en fuerzas al ateniense (29 de setiembre 490 a. J. C.). Los persas tenían ya hecho acopio de mármol de Paros para construir un monumento conmemorativo de la victoria y los atenienses lo labraron en estatuas de la Nemesis de Ramno. Darío ordenó nuevos preparativos; pero al mismo tiempo estalló una revolución en el Egipto y mientras tanto arrebató la muerte al gran rey en 485. Darío era general valiente, y que meditaba bien sus empresas; fué el estadista mas eminente del Asia, favoreció las artes y la industria y legó á la posteridad monumentos grandiosísimos.

Las montañas peñascosas que acompañan al Pulvar en su curso por ambos lados, se alejan cerca de Istajr del rio, en dirección Este y Oeste, formando la llanura de Merdacht, limitada en la parte oeste por la Sierra nevada del Arde-

can, y ensanchándose en dirección del lago de Neiriz. Junto al ángulo oriental de la cordillera sale del monte Raj-med una peña formando una meseta que fué escogida por Darío para la construcción de su palacio. La superficie no era horizontal, y fué preciso labrarla antes de empezar la construcción, disponiéndola en tres planos, á manera de gradas. Fueron también regularizados los lados de la meseta y revestidos de una gigantesca muralla de piedra al estilo ciclópeo. Los bloques de mármol empleados con este objeto tienen á veces 50 piés de largo, y están enlazados entre sí de una manera admirable. En la pared meridional engastó Darío cuatro lápidas con inscripciones á guisa de acta de fundación, dos de ellas en idioma persa, una en asirio y otra

en medo-escita, no siendo estas dos últimas la traducción de la inscripción persa, como era la costumbre. La primera inscripción persa dice: «El gran Ahuramazda, el más grande de los dioses, ha hecho rey á Darayavo, le ha dado el reino: por la gracia de Ahuramazda es Darayavo rey. Dice Darayavo el rey: Este país persa que me ha dado Ahuramazda, y que es hermoso, rico en caballos y bien poblado, no teme á ningún enemigo por la gracia de Ahuramazda y la mía, la del rey Darayavo. Dice Darayavo el rey: Que me ayude Ahuramazda y los dioses de la tribu; que Ahuramazda proteja este país contra las huestes enemigas; que aparte de él las malas cosechas y la mentira. Que no venga á este país ningún enemigo ni ejércitos enemigos, ni malas cosechas, ni la mentira; este



Persépolis

favor pido á Ahuramazda y á los dioses de la tribu; que eso me lo conceda Ahuramazda y los dioses de la tribu.» La segunda inscripción persa empieza: «Yo soy Darayavo, el rey principal, el rey de los reyes, el rey de estos innumerables pueblos, el hijo de Vistaspa, el Aqueménide.» Después se enumeran los países que ya conocemos y la inscripción concluye: «Dice Darayavo, el rey: Aunque así lo pienses, no pudiera temblar ante ningún enemigo, entonces protege á este pueblo de los Persas, y la dicha se conservará largo tiempo; ¡que venga pues, oh Señor, á esta casa!» La inscripción escita traduce la introducción de la segunda persa y continúa después: «Darío el rey dice: Estos grandes palacios son edificadas en este sitio, en que antes no había sido construido ningún palacio. Yo los he edificado por la gracia de Ahuramazda, y Ahuramazda y todos los dioses han visto con placer los palacios por mí construidos; yo los he construido como señal de su benevolencia para conmigo.» La inscripción asiria contiene una paráfrasis de ambas inscripciones persas.

Cerca del ángulo Noroeste se sube á la meseta por una doble escalera metida en la muralla y de proporciones por demás hermosas; cada tramo tiene la anchura de 22 piés y es tan llano que pueden subirlo 10 jinetes de frente: los blo-

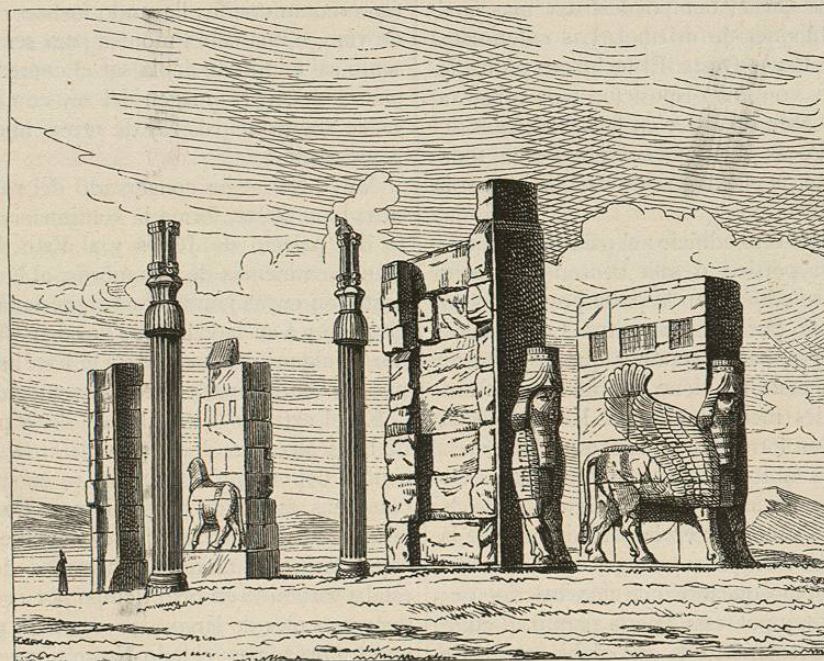
ques de mármol de que está también construida son tan grandes, que á veces uno solo forma varias gradas; como que en general todos los bloques de mármol de esta ruina son de tamaño gigantesco (los más pequeños miden 8 piés de altura); al mismo tiempo están tan bien pulimentados que en aquellas partes que no han sido destruidas por mano del hombre ó arañados por viajeros necios que en todas partes graban su nombre, los objetos se reflejan como en un espejo. Al fin de la escalera nos encontramos en la grada más baja del terraplen; la primera cosa que se nos presenta á la vista es un portal llamado en la inscripción Duvarthi, construido por Jerjes, cuyas puertas orientales y occidentales decoradas con dos toros y dos esfinges, se conservan aun, mientras que de la puerta meridional solo quedan los cimientos; dos de las cuatro columnas que sostenían en otro tiempo un techo de madera, están todavía en pie y tienen en el toro un grueso de 13 piés y las hermocean 39 estrias; el suelo del portal está cubierto de placas colosales de mármol pulimentado; los toros de las puertas que representan los animales del Adar Samdan, y aun son considerados ellos mismos como dioses ó genios, pertenecen al arte asirio ó babilónico. En un amuleto asirio se ha descifrado el nombre de este dios taurino, Kirub (que es Querubin), y este nombre va antepuesto de un signo que

precede siempre á los nombres de los dioses. Los hebreos que han colocado á sus querubines delante del paraíso y sobre el arca de la alianza, morada de Dios, del mismo modo que los mesopotamios y persas los tenían delante de las puertas de sus palacios, se apropiaron esta idea y el nombre, transformándolos según su religión.

El modelado de los animales y esfinges de Persépolis es una obra maestra acabadísima. La postura de los animales es fiera y altiva; el pelo rizado en el pecho, espaldas y lomos,

está esculpido con una habilidad superior. La magnitud de los animales de casi 20 piés aumenta la impresión de su fuerza imponente. Pasada la puerta meridional se encuentra una segunda subida que conduce á la segunda grada de la peña. Esta subida en los extremos y el medio tiene cuatro escaleras cada una de 31 descansos con peldaños de 16 piés de ancho.

Toda ella está cubierta de esculturas; los cuatro ángulos formados por la pendiente representan á un león estrangul-



Pórtico de Jerjes en Persépolis

lando á un toro. En el resto del espacio de la escalera del medio se hallan representados guardias de palacio. En la cara interna de las escaleras se ven sobre cada escalon



Guardia de palacio

guardias de palacio en traje medo y en la cara opuesta cipreses, sobre los cuales corre un friso de rosetas. Todas las otras escaleras de palacio están, con poca diferencia, adornadas del mismo modo; pero esta escalera de Jerjes ostenta además un ornato particular; es decir, que el muro, que ocupa una extensión de 212 piés de ancho, está dividido en tres fajas horizontales, en cuanto no está cubierto por la escalera interior; en la escalera delantera se ve una procesion de medos y persas; á la derecha los representantes de los pueblos tributarios de Jerjes, con los productos de sus respectivos países. Es lástima que no se hayan grabado allí los nombres de los pueblos, y no podamos hacer más que conjeturas respecto de ellos. Las figuras son más perfectas que las asirias; los músculos no son exagerados; ha desaparecido el estilo propio de la escultura asiria y egipcia, de representar el tronco del cuerpo de frente y la cabeza y piernas de perfil, y la introducción de los pliegues en los ropajes es otro progreso considerable; pero hay una gran desproporción que se nota

á primera vista entre las cabezas demasiado grandes y el cuerpo que aparece así muy pequeño. El grupo del león y del toro es un trabajo superior.

De las tres lápidas para inscripciones, colocadas al lado de los grupos de leones en la escalera posterior y en medio de la anterior, solo una, la que está más al oeste, lleva una leyenda que dice: «Un gran dios es Ahuramazda, que creó esta tierra, que creó ese cielo, que creó al hombre, que creó comodidades para el hombre, que hizo rey á Jsayarsa (Jerjes), rey único de muchos, soberano único de muchos. Yo soy Jsayarsa el gran rey, el rey de los reyes, el rey de los países pobladísimos, el rey de esta tierra grande hasta muy lejos, hijo del rey Darayavo, el Aqueménide (Hajamanisiya). Dice Jsayarsa el gran rey: Lo que he hecho aquí y lo que he hecho fuera de aquí, todo eso lo he hecho por la gracia de Ahuramazda; que Ahuramazda y todos los dioses me protejan á mí, á todo mi imperio y todo cuanto he hecho.» El edificio situado sobre esta magnífica escalera fué también construido por el hijo de Darío. Era un grande y hermoso pórtico con 36 columnas de mármol de 67 piés de altura. El zócalo de estas columnas se compone de dos plintos cuadrados sobrepuestos, siendo el inferior más grande que el superior, unidos ambos al fuste por medio de un toro ático. Del fuste que tiene 36 estrias, de estilo dórico, parte un miembro que forma como un cáliz invertido, sobre el cual hay otro boca arriba, unidos ambos por una sarta de perlas. Encima de este miembro se levantan verticalmente volutas dobles en todos los cuatro lados sobre una orla de hojas tumbadas, y sobre las volutas dos delanteras de toros, entre las cuales en otro tiempo se ponían las vigas. Al Norte, Oeste y Sur, había co-